



¿QUÉ ES EL MENSAJE DE FÁTIMA?

El mensaje de la Virgen apareciéndose en Fátima es de una belleza que cautiva, unas palabras que seducen, una pureza y sencillez que enamoran. Es el eco eterno y siempre actual del Evangelio. Y consiste esencialmente en tres cosas: Una Advertencia amorosa, una invitación apremiante, y una confianza alentadora (P. Tomás Morales)

1. ADVERTENCIA AMOROSA

Una advertencia insistente cargada de angustia maternal. "Dios va a castigar el mundo por sus crímenes y pecados por medio de la guerra, el hambre y la persecución a la Iglesia y al Santo Padre... Si se atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz. Si no, ella esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán aniquiladas" (13.7.17).

O reformarse o sucumbir. Es el dilema. O renovar en Dios nuestra mentalidad y vida cumpliendo la divisa paulina (*Rom 12,2*), o naufragar en tiempo y eternidad. Sería advertencia para el mundo, y en particular para España. Ordena que "sus obispos se reúnan en retiro y determinen una reforma en el pueblo, en el clero y en las Órdenes religiosas" (Lucía, c. 4-5-1943)

2. INVITACIÓN APREMIANTE

Las almas se condenan. En Fátima como en Lourdes, la Virgen contempla desgarrada el lúgubre espectáculo... Hijos suyos se precipitan en el infierno. **Hay que salvarlos.** Nos habla al dirigirse a los pastorcitos. "**Rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no tienen a nadie que se sacrifique y rece por ellos**" (4.8.17).

"La salvación de muchos depende de la oración y penitencia voluntaria de los miembros de la Iglesia", escribirá años adelante Pío XII. "Es verdaderamente un misterio terrible sobre el cual jamás puede meditarse lo suficiente" (Myst. Corp., 29.6.43).

La invitación que nos hace la Virgen es apremiante. Esperanzada y suplicante, se dirige con emoción a los tres niños desde la primera aparición: "**¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que os quiera enviar en reparación por los pecados con que es ofendido y en súplica por la conversión de los pecadores?**" (13.5.17).

El 13 de julio, tercera aparición, la consigna se hace imperiosa. "Sacrificaos por los pecadores. Decid muchas veces, sobre todo cuando hagáis algún sacrificio. **¡Jesús!, es por Tu amor, por la conversión de los pecadores, y en reparación por los pecados que se cometen contra el Inmaculado Corazón de María**".



3. **CONFIANZA ALENTADORA**

Fátima es mensaje de esperanza. Tendréis que "sufrir mucho" si hacéis de vuestra vida ofrenda permanente por la salvación de las almas, **"pero no temáis. La gracia de Dios será vuestra fortaleza"** (13-5-1917). Como a Lucía, nos repite: **"Nunca te dejaré. Mi Corazón será tu refugio y camino que te conducirá hasta Dios"** (13-6-1917).

Honda crisis en la Iglesia. Vastos sectores se dejan contagiar. Todo se vuelve naturalismo, antropología, esclavitud al dato sociológico. Un mundo narcisista obstinado en autodestruirse. Un hombre que se imagina el ser supremo. Una Europa cristiana que se desintegra.

Al mismo tiempo, la amenaza del comunismo ateo extendiéndose por todas partes. Miles de hombres y mujeres encandilados con sus sofismas o esclavizados a su tiranía. En España, degradación progresiva de costumbres, la familia se erosiona, deterioro de la fe en un pueblo que va dejando de creer en Dios y en Sus Mandamientos.

Fátima, aurora de esperanza en este caos. La Virgen Blanca vencerá. "Rusia se convertirá" después de "esparcir sus errores por el mundo promoviendo guerras y persecuciones contra la Iglesia". Un grito jubiloso de victoria: **"Por fin, MI CORAZÓN INMACULADO TRIUNFARÁ"** (13-7-1917).

Triunfará María sirviéndose en Fátima, ahora y siempre, de almas insignificantes. A una de ellas Jesús le acaba de revelar: "Mi Madre vencerá a Satanás. Es la Medianera. Es Mi Madre y la vuestra. Es el Pilar de Mi Iglesia. **Las pequeñas almas conducidas por mi Santa Madre, tienen poder para cambiar el curso de las cosas"**.

TEXTOS

➤ **Del P. Morales**

Emociona la delicadeza de aquellos pastorcitos. Cumplen con exquisita fidelidad el encargo de la Virgen. **Multiplan sacrificios ofrecidos por la conversión de los pecadores y para reparar las ofensas contra el Corazón Inmaculado de María** Los tres se hacen oración permanente. Repiten incansables la súplica que María les enseñó.

Los tres se ofrecen incondicionales, pero cada uno matiza sus sacrificios. Les imprimen un sello peculiar. Francisco los hace porque quiere **"consolar a Dios"**. Pocos días después de la primera aparición conduce sus ovejas al pasto. Se encarama en una piedra y dice a las dos: "Vosotras no vengáis aquí, dejadme solo". Ellas se alejan corriendo tras las mariposas. Horas después le ofrecen comida. "No —dice—, comed vosotras". Más tarde se acercan de nuevo invitándole a rezar el rosario. "¿Qué estás haciendo ahí tanto tiempo?", pregunta Lucía. Le responde: **"Estoy pensando en Dios. ¡Está tan triste por tantos pecados! ¡Si yo pudiera darle alegría!"**

Francisco "era de pocas palabras, y para hacer oración y ofrecer sus sacrificios le gustaba esconderse hasta de Jacinta y de mí. Muchas veces le sorprendíamos tras una pared o detrás de unas matas donde se escapaba con disimulo. Allí rezaba, o como decía él 'pensaba en Nuestro Señor, triste por tantos pecados'".

Al ir a la escuela solía decir a Lucía. "Mira, vete tú, y **yo me quedo aquí en la iglesia con Jesús escondido.** No vale la pena ir a la escuela, porque de aquí a poco me voy al cielo... Al salir me llamas..." Ya enfermo, al pasar Lucía por su casa camino de la escuela, acostumbraba a decirle: **"Vete a la iglesia y da muchos recuerdos míos a Jesús escondido. Lo que más pena me da es no poder estar ya unos buenos ratos con Él"** (Lucía, IV Mem.).

Jacinta, en cambio, vivía obsesionada por la **conversión de los pecadores.** Ofrecía, antes y durante su enfermedad, costosos sacrificios para librarlos del infierno.

Le repugna la leche. Su madre se la lleva al lecho. Un día caluroso le ofrece también un racimo de uvas frescas. Se acuerda de la Virgen, lo rechaza y toma la leche. Al quedarse a solas con Lucía, le comenta: "Lo ofrecí diciendo a Jesús: **Es por Tu amor y por la conversión de los pecadores**".

Su madre se acerca a los tres mientras jugaban. Les ofrece unos higos tentadores. Jacinta se sienta al lado de la cesta con los dos. Coge el primero. De repente se acuerda, y dice: "Todavía hoy no hemos hecho ningún sacrificio por los pecadores. Tenemos que hacer éste". Suelta el higo, y mientras cae en la cesta, repite el ofrecimiento: "**Jesús, es por Tu amor...**" "Allí los dejamos todos — concluye Lucía—, para convertir a los pecadores".

Jacinta enferma. Está aún en Fátima. Lucía a su lado. "¿Estás mejor?", pregunta. "Ya sabes que no mejoro. ¡Tengo tantos dolores en el pecho! Pero no digo nada. **Sufro por la conversión de los pecadores**".

Primeros días de julio de 1919. Hospital de Lisboa. Lucía le dice si sufre mucho. "**Sí, sufro** — responde—, **pero lo ofrezco todo por los pecadores** y para **reparar al Inmaculado Corazón de María**. ¡Me gusta tanto sufrir por Nuestro Señor y Nuestra Señora para darles gusto! Ellos quieren mucho a quien sufre para convertir pecadores".

Sencilla lección

Sorprende la sencilla y elocuente lección que nos dan con su vida ofrecida los tres pastorcitos. Generosidad y constancia impropias de niños. Señalan ruta a todas las edades. Tan conscientes y responsables, tan maduros en la fe. Precursores de un Concilio que "predica la reforma de la Iglesia que consiste en cambiar los propios pensamientos y gustos según la voluntad de Dios" (Pablo VI, 7.8.68).

Francisco, Jacinta, Lucía, creyentes auténticamente maduros. En sus tiernos años alcanzan la edad adulta en la fe. Madurez que consiste precisamente en conseguir el espíritu de infancia liberándose del fárrago científico, de una falsa mayoría de edad. Escalan esta cumbre mirando a la Virgen. Ella, sencillez sublime, les recuerda con amor inefable la divisa de Jesús: "**Si no os hacéis como niños...**"

Cumplir los propios deberes...

Cristo—Iglesia es el mensaje de Fátima y Lourdes. Es el Evangelio iluminando el corazón y encarnándose en la vida de cada bautizado. Una vida que se hace oración permanente, eso es el cristiano. **Ofrenda total por la conversión de los pecadores, por la salvación de las almas**. No se contenta con horas o días sueltos. Hace oración toda su vida con la súplica de Fátima siempre en el corazón. Su sed de almas no se sacia con actuaciones aisladas. Le exige el apostolado de todos los minutos **viviendo con María "escondido en Cristo Jesús"** (Col 3,3), bajo la mirada del Padre...

Una vida que arde como llama hasta extinguirse silenciosa. Repite sin cesar: "*Cristo ha padecido por mí para que siga sus huellas*" (1 Pe 2,21)... **Si Él entrega su vida por mí, yo debo entregarla por mis hermanos** (1 Jn 3,16). Una vida consciente y responsable. Se inmola con permanente y martirial fidelidad, hasta verter la propia sangre con generosa plenitud de fuente.

Una vida convencida de que "**España, y el mundo se salvarán por la oración**" (Corazón de Jesús a M. Maravillas, Escorial, 1923). **Pero por la oración permanente hecha vida**, que "haga comprender a las almas que la verdadera penitencia que Él ahora quiere y exige, consiste, sobre todo, en el esfuerzo que cada uno tiene que imponerse para cumplir con los propios deberes religiosos y de orden temporal" (Lucía, c. 4-5-1943).

➤ **Homilía de San Juan Pablo II en la beatificación (13- 05- 2000)**

Por designio divino, "*una mujer vestida del sol*" (Ap 12, 1) vino del cielo a esta tierra en búsqueda de los pequeños privilegiados del Padre. Les habla con voz y corazón de madre: **los invita a ofrecerse como víctimas de reparación**, mostrándose dispuesta a guiarlos con seguridad hasta Dios. Entonces, de sus manos maternas salió una luz que los penetró íntimamente, y se sintieron sumergidos en Dios, como cuando una persona -explican ellos- se contempla en un espejo. Más tarde, Francisco, uno de los tres privilegiados, explicaba: "Estábamos ardiendo en esa luz que es Dios y no nos quemábamos. ¿Cómo es Dios? No se puede decir. Esto sí que la gente no puede decirlo". **Dios: una luz que arde, pero no quema**. Moisés tuvo esa misma sensación cuando vio a Dios en la zarza ardiente; allí oyó a Dios hablar, preocupado por la esclavitud de su pueblo y decidido a liberarlo por medio de él: "*Yo estaré contigo*" (cf. Ex 3, 2-12). Cuantos acogen esta presencia se convierten en morada y, por consiguiente, en "zarza ardiente" del Altísimo.

Lo que más impresionaba y absorbía *al beato Francisco* era Dios en esa luz inmensa que había penetrado en lo más íntimo de los tres. Además sólo a él Dios se dio a conocer "muy triste", como decía. Una noche, su padre lo oyó sollozar y le preguntó por qué lloraba; el hijo le respondió: "**Pensaba en Jesús, que está muy triste a causa de los pecados que se cometen contra él**". **Vive movido por el único deseo** -que expresa muy bien el modo de pensar de los niños- **de "consolar y dar alegría a Jesús"**.

En su vida se produce una transformación que podríamos llamar radical; una transformación ciertamente no común en los niños de su edad. Se entrega a una vida espiritual intensa, que se traduce en una oración asidua y ferviente y llega a una verdadera forma de unión mística con el Señor. Esto mismo lo lleva a una progresiva purificación del espíritu, a través de la **renuncia a los propios gustos** e incluso a los juegos inocentes de los niños.

Soportó los grandes sufrimientos de la enfermedad que lo llevó a la muerte, **sin quejarse nunca**. **Todo le parecía poco para consolar a Jesús**; murió con una sonrisa en los labios. En el pequeño Francisco era grande el deseo de reparar las ofensas de los pecadores, esforzándose por ser bueno y ofreciendo sacrificios y oraciones. Y Jacinta, su hermana, casi dos años menor que él, vivía animada por los mismos sentimientos.[...]. Con su solicitud materna, la santísima Virgen vino aquí, a Fátima, a pedir a los hombres que "**no ofendieran más a Dios, nuestro Señor, que ya ha sido muy ofendido**". Su dolor de madre la impulsa a hablar; está en juego el destino de sus hijos. Por eso pedía a los pastorcitos: "**Rezad, rezad mucho y haced sacrificios por los pecadores, pues muchas almas van al infierno porque no hay quien se sacrifique y pida por ellas**".

La pequeña Jacinta sintió y vivió como suya esta aflicción de la Virgen, ofreciéndose heroicamente como víctima por los pecadores. Un día -cuando tanto ella como Francisco ya habían contraído la enfermedad que los obligaba a estar en cama- la Virgen María fue a visitarlos a su casa, como cuenta la pequeña: "Nuestra Señora vino a vernos, y dijo que muy pronto volvería a buscar a Francisco para llevarlo al cielo. Y a mí me preguntó si aún quería convertir a más pecadores. Le dije que sí". Y, al acercarse el momento de la muerte de Francisco, Jacinta le recomienda: "Da muchos saludos de mi parte a nuestro Señor y a nuestra Señora, y diles que **estoy dispuesta a sufrir todo lo que quieran con tal de convertir a los pecadores**". Jacinta se había quedado tan impresionada con la visión del infierno, durante la aparición del 13 de julio, que todas las mortificaciones y penitencias le parecían pocas con tal de salvar a los pecadores. [...]

Mis últimas palabras son para los niños: Pedid a vuestros padres que os inscriban a la "**escuela**" de **Nuestra Señora**, para que os enseñe a ser como los pastorcitos, que procuraban hacer todo lo que Ella les pedía. Os digo que "se avanza más en poco tiempo de sumisión y dependencia de María, que en años enteros de iniciativas personales, apoyándose sólo en sí mismos" (S. Luis M^a Grignon) Que el mensaje de su vida **permanezca siempre vivo** para iluminar el camino de la humanidad.